

VIGESIMA SEGUNDA
CARTA PASTORAL

QUE EL PRIMER OBISPO DE LEON,
DR. Y MAESTRO D.
JOSE MARIA DE JESUS DIEZ DE SOLLANO
Y DAVALOS,

DIRIGE A SU ILMO. Y V. CABILDO, A SU SEMINARIO
CONCILIAR, Y A LOS SEÑORES VICARIOS FORANEOS,
CURAS PROPIOS, INTERINOS, COADJUTORES Y
ENCARGADOS, VENERABLE CLERO Y FIELES
DE SU DIOCESIS,

PUBLICANDO LA ENCICLICA DE

N. SMO. PADRE

EL SR. LEON XIII

que comienza *Aeterni Patris* de 4 de Agosto
del presente año,

SOBRE LA

FILOSOFIA

DEL

ANGELICO DR. STO. TOMAS DE AQUINO.

LEON.—1879.

IMPRENTA DE J. M. MONZON,

Cuadra tercera de la Plaza de Gallos, núm. 36.

874
05
52

127

B X 8 7 4

. D 5

V 5 2

00 1 2 7



1080015450

VIGESIMA SEGUNDA
CARTA PASTORAL

QUE EL PRIMER OBISPO DE LEÓN,

DR. Y MAESTRO

D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos,

DIRIGE A SU ILMO. Y V. CABILDO, A SU SEMINARIO CONCILIAR, Y A
LOS SEÑORES VICARIOS FORANEOS, CURAS PROPIOS, INTERINOS,
COADJUTORES Y ENCARGADOS, VENERABLE CLERO Y FIELES
DE SU DIOCESIS,

PUBLICANDO LA ENCICLICA DE

N. SMO. PADRE EL SR. LEON XIII

que comienza *Aeterni Patris* de 4 de Agosto del presente año,

SOBRE LA

FILOSOFIA

DEL

Angélico Dr. Santo Tomás de Aquino.



LEÓN.—1879.

IMPRESA DE J. M. MONZÓN,

Cuadra tercera de la Plaza de Gallos, núm. 36.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Telles

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

038759

VALVERDE Y TELLES

BX 874

DE

TV 52



UANL
FONDO
EMETERIO VALVERDE Y T.

8258 FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Nos el Dr. y Maestro D. José María de Jesus Diez de Sollano y Dávalos, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Leon, etc.

A nuestro Ilmo. y V. Sr. Dean y Cabildo, á nuestro carísimo Seminario, á los Sres. Vicarios foráneos, Sres. Curas, V. Clero, y amados fieles diocesanos, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

1. LA divina Providencia que tiene contados los meses de los hombres y las vicisitudes de los tiempos, que, segun S. Agustin, sabe acomodar á la congruencia de los acontecimientos los remedios oportunos, preparaba para nuestros dias el mas oportuno y acomodado de que vamos á ocuparnos. El siglo en que vivimos y que ha querido llevar el pomposo título de "Siglo de las luces," reclama la verdadera luz que no ha conocido. Un millar de escritores lo adula apellidándolo con los mas pomposos epítetos; le atribuye el dominio de las ciencias, y le ha hecho creer que todo lo sabe y todo lo puede. Faltaba un verdadero amigo que le advirtiera, que los que lo llaman feliz, lo engañan: *qui te beatum dicunt, te descipiunt*, y que señalándole la verdadera fuente del saber, le prestase el mayor servicio para que fuera en realidad el siglo de las luces y de verdadero progreso.

2. Verdad es que las Atalayas de Israel no han cesado de tocar la bocina desde la cumbre del Vaticano, advirtiendo oportunamente los peligros de la falsa ciencia. Verdad es, que desde la gloriosa asamblea de Trento en que resplandeció

quizá la mayor suma de saber que ha aparecido en el mundo, hasta la magnífica del Vaticano, que aun no concluye sus trabajos, los Pastores de la Iglesia Santa de Nuestro Señor Jesucristo, ni han retrocedido ante los errores, ni han cesado de combatirlos.

3. Pero tambien es cierto que se esperaba una voz eminentemente autorizada que designase la fuente filosófica de que debieran partir todos los que de buena fé vinieran á beber las aguas de la sabiduría en las fuentes del Salvador: y he ahí la grande obra del Sapiéntísimo Pontífice que Dios deparaba en su misericordia á la Iglesia, el Señor Leon XIII, que con mano maestra ha designado con el dedo esa fuente, en su inmortal Encíclica que á continuacion insertamos.

LEON PAPA XIII

A LOS VENERABLES HERMANOS PRIMADOS, ARZOBISPOS Y
OBISPOS DEL ORBE CATOLICO QUE CONSERVAN LA GRACIA Y
COMUNION CON LA SILLA APOSTOLICA,

LEON PAPA XIII.

Venerables Hermanos:

Salud y bendición apostólica: El Hijo Unigénito del Eterno Padre, que apareció sobre la tierra para traer al humano linage la salvacion y la luz de la divina sabiduría, hizo ciertamente un grande y admirable beneficio al mundo, cuando habiendo de subir nuevamente á los cielos, mandó á los apóstoles *que fuesen á enseñar á todas las gentes*, (1) y dejó á la Iglesia, por él fundada, por comun y suprema maestra de los pueblos. Pues los hombres, á quien la verdad habia libertado, debian ser libertados por la verdad; ni hubieran durado por largo tiempo los frutos de las celestiales doctrinas, por los que adquirió el hombre la salud, si Cristo Nuestro Señor no hubiese constituido un

(1) Matth. 28, 19.

magisterio perenne para instruir los entendimientos en la fé. Pero la Iglesia, ora animada con las promesas de su Divino Autor, ora imitando su caridad, de tal suerte cumplió sus preceptos, que tuvo siempre por mira y fué su principal deseo enseñar la Religion y luchar perpétuamente con los errores. A esto tienden los diligentes trabajos de cada uno de los Obispos, á esto las leyes y decretos promulgados por los Concilos y en especial la cuotidiana solicitud de los Romanos Pontífices, á quien como sucesores en el primado del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, pertenecen el derecho y obligacion de enseñar y confirmar á sus hermanos en la fé. Pero como, segun el aviso del Apóstol, *por la filosofía y la vana falacia* (1) suelen ser engañadas las mentes de los fieles cristianos, y es corrompida la sinceridad de la fé en los hombres, los supremos Pastores de la Iglesia siempre juzgaron ser tambien propio de su mision, promover con toda sus fuerzas las ciencias que merecen tal nombre, y á la vez proveer con singular vigilancia, para que las ciencias humanas se enseñasen en todas partes segun la regla de la fé católica, y en especial la filosofía, de la cual sin duda depende en gran parte la recta enseñanza de las demás ciencias. Ya Nos, venerables hermanos, os advertimos brevemente, entre otras cosas, esto mismo, cuando por primera vez nos hemos dirigido á vosotros por Cartas Encíclicas, pero ahora que por la gravedad del asunto y la condicion de los tiempos, nos vemos compelidos por segunda vez á tratar con vosotros de establecer para los estudios filosóficos un método que no solo corresponda perfectamente al bien de la fé, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas.

Si alguno fija la consideracion en la acerbidad de nuestros tiempos y abraza con el pensamiento la condicion de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar

(1) Coloss. II, 8.

tenga á la razon por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae tambien en lo mismo la voluntad; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre, y se apoya finalmente en sólidos y verdaderos principios, producirá muchos beneficios de pública y privada utilidad. Ciertamente no atribuimos tal fuerza y autoridad á la filosofía humana, que la creemos suficiente para rechazar y arrancar todos los errores: pues así como cuando al principio fué instituida la religion cristiana, el mundo tuvo la dicha de ser restituido á su dignidad primitiva, mediante la luz admirable de la fé, *no con las persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud*, (1) así tambien al presente debe esperarse principalmente del omnipotente poder de Dios y de su auxilio, que las inteligencias de los hombres, disipadas las tinieblas del error, vuelvan á la verdad.

Pero no se han de despreciar ni posponer los auxilios naturales, que por beneficio de la divina sabiduría, que dispone fuerte y suavemente todas las cosas, están á disposicion del género humano, entre cuyos auxilios consta ser el principal, el recto uso de la filosofía. No en vano imprimió Dios en la mente humana la luz de la razon, y dista tanto de apagar ó disminuir la añadida luz de la fé, la virtud de la inteligencia, que ántes bien la perfecciona, y aumentadas sus fuerzas, la hace hábil para mayores empresas. Pide, pues, el orden de la misma Providencia que se pida apoyo aun á la ciencia humana al llamar á los pueblos á la fé y á la salud: industria plausible y sábia, que los monumentos de la antigüedad atestiguan haber sido practicada por los preclarísimos Padres de la Iglesia. Estos acostumbraron ocupar la razon en muchos é importantes oficios, todos los que compendió brevisísimamente el grande Agustino, *atribuyendo á esta ciencia. . . . aquello con que la fé salubérrima. . . . se engendra, se nutre, se defiende, se consolida*. (2)

En primer lugar, la filosofía, si se emplea debidamente por los sa-

(1) I. Cor. II, 4.

(2) De Trin. lib. XIV, c. 1.

bios, puede de cierto allanar y facilitar de algun modo el camino á la verdadera fé, y preparar convenientemente los ánimos de sus alumnos á recibir la revelacion; por lo cual, no sin justicia, fué llamada por los antiguos, ora *previa institucion á la fé cristiana* (1) ora *preludio y auxilio del Cristianismo* (2). ora *pedagogo del Evangelio* (3). Y en verdad, nuestro benignísimo Dios, en lo que toca á las cosas divinas, no nos manifestó solamente aquellas verdades para cuyo conocimiento es insuficiente la humana inteligencia, si no que manifestó tambien algunas, no del todo inaccesibles á la razon, para que, sobreviniendo la autoridad de Dios, al punto, y sin ninguna mezcla de error, se hiciesen á todos manifiestas. De aquí que los mismos sabios iluminados tan solo por la razon natural, hayan conocido demostrado y defendido con argumentos convenientes algunas verdades que, ó se proponen como objeto de fé divina, ó estan unidas por ciertos estrechísimos lazos con la doctrina de la fé. *Porque las cosas de él invisibles, se ven despues de la creacion del mundo, consideradas por las obras criadas, aun en sempiterna virtud y divinidad, y las gentes que no tienen ley. . . .* (4) sin embargo muestran la obra de la ley escrita en sus corazones. (5) Es, pues, sumamente oportuno que estas verdades, aun reconocidas por los mismos sabios paganos, se conviertan en provecho y utilidad de la doctrina revelada, para que, en efecto, se manifieste que tambien la humana sabiduría y el mismo testimonio de los adversarios favorecen á la fé cristiana. Cuyo modo de obrar consta que no ha sido recientemente introducido sino que es antiguo y fué usado muchas veces por los Santos Padres de la Iglesia. Aun mas, estos venerables testigos y custodios de las tradiciones religiosas, reconocen cierta norma de esto, y casi una figura en el hecho de los hebreos que, al tiempo de salir de Egipto, recibieron el mandato de llevar consigo los vasos de oro y plata de los egipcios, para que, cambiando repentinamente su uso, sirviese á la Reli-

(1) Clem. Alex., Strom. lib. 1, c. 16; 1, VII, c. 3.

(2) Orig. ad Greg. Thaum.

(3) Clem. Alex., Strom. 1, c. 5,

(4) Rom. 1, 20.

(5) Ib. II, 14 - 15,

gion del Dios verdadero aquella vajilla que antes habia servido para ritos ignominiosos y para la supersticion. Gregorio Neocesareno (1) alaba á Orígenes, porque convirtió con admirable destreza, muchos conocimientos tomados ingeniosamente de las máximas de los infieles, como dardos casi arrebatados á los enemigos en defensa de la filosofía cristiana y en perjuicio de la supersticion. Y el mismo modo de disputar alaban y aprueban en Basilio el Grande ya Gregorio Nacianceno (2), ya Gregorio Niseno (3), y Gerónimo le recomienda grandemente en Cuadrato, discípulo de los Apóstoles, en Aristedes, en Justino, en Ireneo y otros muchos (4). Y Agustin dice: «¿No vemos con cuanto oro y plata y con que vestidos salió cargado de Egipto Cipriano, doctor suavísimo y mártir beatísimo? ¿con cuánto Lactancio? ¿con cuánto Victorino Optato, Hilario? Y para no hablar de los vivos ¿con cuánto innumerables griegos? (5)

Verdaderamente si la razon natural dió tan ópima semilla de doctrina ántes de ser fecundada con la virtud de Cristo, mucho mas abundante la producirá ciertamente despues que la gracia del Salvador restauró y enriqueció las fuerzas naturales de la humana mente. ¿Y quién no vé que con este modo de filosofar se abre un camino llano y practicable á la fé?

No se circunscribe, no obstante, dentro de estos límites la utilidad que dimana de aquella manera de filosofar. Y realmente las páginas de la divina sabiduría reprenden gravemente la necedad de aquellos, hombres que “de los bienes que se ven no supieron conocer al que es ni considerando las obras reconocieron quien fuese su artífice.” (6) Así en primer lugar el grande y exelentísimo fruto que se recoje de la razon humana es el de demostrar que hay un Dios pues por la grandeza de la hermosura y de la criatura: se podrá á las claras venir en conocimiento del Criador de ellas.” (7) Despues demuestra (la ra-

(1) Orat. paneg. ad Origen.

(2), Vit. Moys.

(3), Carm. 1, Iamb. 3.

(4) Epist. ad Magn.

(5) De doctr. christ. 1. II, c. 40.

(6) Sap. XIII, 1.

(7) Sap. XIII, 5.

zon,) que Dios sobresaliese singularmente por la reunion de todas las perfecciones; primero por la infinita sabiduría, á la cual jamás puede ocultarse cosa alguna, y por la suma justicia, á la cual nunca puede vencer afecto alguno perverso; por lo mismo que Dios no solo es veraz sino tambien la misma verdad, incapaz de engañar y de engañarse. De lo cual se sigue clarísimamente que la razon humana granjea á la palabra de Dios plenísima fé y autoridad. Igualmente la razon declara que la doctrina evangélica brilló aun desde su origen por ciertos prodigios, como argumentos ciertos de la verdad, que por lo tanto todos los que creen en el Evangelio no creen temerariamente, como si siguiesen doctas fábulas (1), sino que con un obsequio del todo racional, sujetan su inteligencia y su juicio á la divina autoridad. Entiéndase que no es de menor precio el que la razon ponga de manifiesto que la Iglesia instituida por Cristo, como estableció el Concilio Vaticano, “por su admirable propagacion,” eximia santidad é inagotable fecundidad en todas las regiones, por la unidad “católica é invencible estabilidad, es un grande y perenne motivo de credibilidad y testimonio irrefragable de su divina mision.” (2)

Puestos así estos solidísimos fundamentos, todavía se requiere un uso perpetuo y múltiple de la filosofía para que la sagrada Teología tome y vista la naturaleza, hábito é índole de verdadera ciencia. En esta, la mas noble de todas las ciencias, es grandemente necesario que las muchas y diversas partes de las celestiales doctrinas se reúnan como en un cuerpo para que cada una de ellas, convenientemente dispuesta en su lugar, y deducida de sus propios principios, esté relacionada con los demas por una conexion oportuna; por último, que todas y cada una de ellas se confirmen en sus propios é invencibles argumentos. Ni se ha de pasar en silencio, ó estimar en poco, aquel mas diligente y abundante conocimiento de las cosas que se creen, y la inteligencia un poco mas clara en lo posible de los mismos misterios de la fé; inteligencia que Agustin y otros Santos Padres alabaron y procuraron conseguir, y que el mismo Concilio Vaticano, (3)

(1) II. Petr. 1, 16.

(2) Const. dogm. de Fide. Cath., cap. 3.

[3] Const. cit. cap. 4.